

Crónica de nadie

Antonio Gómez Rufo

Desde muy pequeño, cuando los rasguños de sus piernas eran cicatrices sanguinolentas eternamente renovadas que nunca tenían tiempo para secarse del todo, había deseado huir de allí. Se recuerdan de él sus ojos, sobremanera sus ojos, rasgados y negros, con un brillo de navaja que en la noche podía llegar a deslumbrar. Tal vez por eso, cuando aún era pequeño, nunca miró de frente durante el día, o tal vez porque hubiese aprendido desde antes de nacer que a los ojos, confijeza, sólo pueden mirar los hombres y las serpientes; pero luego, cuando la noche envolvía la tragedia y disimulaba las hambres, la miseria de plano, desafiante, y deambulaba por las tinieblas como celebrando un rito, una ceremonia cotidiana en la que se sentía un hombre.

Salía por ahí, de sombra en sombra como las cucarachas y las ratas, siempre con las manos en los bolsillos y nunca demasiado alejado de las fachadas y de las empalizadas porque la intemperie absoluta le dolía en la sangre como duele una pena o una vieja canción. De noche, en las sombras, vivía en la nada y en los sentidos, que para él venían a ser más o menos lo mismo. Brillaban entonces sus hirientes ojos negros, como brillaban también los caparazones crujientes de las cucarachas, y por las hambres eternas de aquellas callejuelas sin nombre sus pupilas eran cuchillos voraces en busca de algo en lo que incrustarse. Salía por ahí, sin rumbo ni horario, a vagar, a comerse las horas de la soledad y no enfangarlas en el catre de sábanas sucias y exageradas de jirones entre las que se había masturbado ya demasiadas veces, a comerse esas horas duras como miradas y eternas como esperas que le separaban de un amanecer igual de un día idéntico. Desde pequeño, noche tras noche, pisando cucarachas negras para entretener sus pasos y oír el crujir de sus caparazones para acompañarse en los silencios, deseó huir de allí, dejar atrás las ruinas de una existencia tan vacía como la de los demás y buscar, en algún lugar, un sitio el que sentir la nostalgia y enredarse en los recuerdos agrios que ni siquiera se dejaban vomitar ahora, cuando eructaba húmedos los restos sin digerir de un millar de vasos de vino más densos que la sangre y mucho más ácidos que una punzada roñosa, esos recuerdos pestilentes que eran el maldito presente que le tenía preso en su edad, demasiado corta, y en su invalidez continua de carencias y ausencias.

A los nueve años tenía el pelo ensortijado, negro también como la piel de su cara y de sus manos; una boca de labios anchos ahíta de recibir golpes, y una nariz demasiado pequeña para las demás proporciones de su cabeza. El día en que se cansó de verse repetidas las heridas de su piel y los rasguños que se sucedían y renovaban, eternizándose, en sus rodillas, buscó en los basureros un pantalón de hombre, lo lavó cien veces hasta que parecieron nuevos y, con un tijera herrumbrosa, una aguja prestada y un hilo entresacado con mimo de un trapo leproso de grasa y heces, se fabricó una prenda a su medida de longitud y tan ancha que tenía que atársela dos veces con un cordel disimulado para que no se rieran de él más de lo que habitualmente se reían. Con aquellos pantalones se vio a sí mismo como un hombre, robusto y grave, y entonces fue cuando empezó a mirar de frente, de fijo, y nunca nadie pudo jamás olvidar sus ojos. A los nueve años supo que a las serpientes y a él les estaba permitido mirar, y ya notaba que esperar las noches para deambular entre sombras y clavar su mirada y su seriedad en aquel horizonte que tanto tiempo le llevaba llamando yal que pronto decidiría atender.